

acompañado de Hanotaux, ministro de Negocios Extranjeros, del general barón Freedericksz, agregado por el zar á la persona del presidente por el tiempo que éste permaneciese en Rusia, del almirante Gervais, del general Hagrón y del Sr. Le Gall.

El zar Nicolás II, con el gran cordón de la Legión de honor al cuello, fué al encuentro de su huésped á bordo del *Alexandria*, en el puerto de Cronstadt, donde fundearon, el 23 de agosto, los tres cruceros franceses. Los dos jefes de Estado se abrazaron, mientras una muchedumbre enorme les prodigaba ovaciones sin cesar renovadas durante el trayecto de Cronstadt á Peterhof. Apenas llegado, Félix Faure fué á saludar á la emperatriz Alexandra, y visitó por la tarde á los miembros de la familia imperial.

Por la noche hubo un gran banquete de gala en que el zar y el presidente cambiaron expresivos brindis. Nicolás II terminó el suyo con estas palabras: «Nos complace en esperar que vuestra permanencia entre nosotros y la sinceridad de los sentimientos que despierta no podrán menos de estrechar aún más los lazos de amistad, de simpatía profunda que unen á Francia y Rusia. ¡Bebo á vuestra salud, señor presidente, y á la prosperidad de la Francia!» Félix Faure contestó diciendo que Francia entera había conservado un grato recuerdo de los días, demasiado cortos, que el zar y la zarina habían pasado en París en octubre último, y añadió: «Respondiendo á los sentimientos profundos de toda la nación, el presidente de la República viene á la capital del imperio de Vuestra Majestad á afirmar y estrechar aún más los lazos fortísimos que unen á nuestros dos países.»

Por la noche hubo una representación de gala en el Teatro de Peterhof.

Durante toda su permanencia en Rusia, el presidente de la República francesa fué objeto de ovaciones entusiastas de la muchedumbre, ovaciones que se repitieron en sus visitas á la catedral de San Pedro y San Pablo, á la tumba de Alejandro, á la casa de Pedro el Grande y en el acto de colocar la primera piedra del nuevo puente Troitsky.

En el almuerzo que siguió á la revista de Krasnoie-Selo, el presidente brindó por el ejército ruso, y el zar pronunció el siguiente brindis: «Levanto mi copa en honor de nuestros camaradas del valiente ejército francés, que celebro haber podido admirar en Chalons y cuyos dignos representantes me alegro de ver aquí.»

El 26 de agosto, día de la marcha de Félix Faure, se pasó en Cronstadt una brillante revista naval, seguida de un almuerzo á bordo del *Pothuau*, al que asistió la emperatriz. En este almuerzo el zar y el presidente la República proclamaron la alianza de ambas naciones, pronunciando al fin la palabra solemne tanto tiempo esperada.

«La marina francesa y la marina rusa, dijo entre otras frases de congratulación el Presidente, pueden estar orgullosas de la parte que han tomado desde el primer día en los grandes acontecimientos que han fundado la íntima amistad de Francia y Rusia; han acercado manos que se tendían y permitido á dos naciones amigas y aliadas, guiadas por un ideal común de civilización, de derecho y de justicia, unirse fraternalmente en el más sincero y leal de los abrazos.»

El zar contestó en estos términos: «Las palabras que acabáis de dirigirme, señor Presidente, hallan un vivo eco en mi corazón y responden enteramente á los sentimientos que me animan, lo mismo que á Rusia entera. Celebro ver que vuestra estancia entre nosotros sea un nuevo lazo entre nuestras dos naciones amigas y aliadas, igualmente resueltas á contribuir con toda su fuerza al mantenimiento de la paz del mundo en un espíritu de derecho y de equidad. Permitidme una vez más daros las gracias por vuestra visita, señor Presidente, y beber en vuestro honor y por la prosperidad de Francia.»

Los disonamientos interiores que Félix Faure iba á encontrar, á su regreso á Francia, eran como la sombra del cuadro radiante de Cronstadt.

III

A fines de 1897, se suscitó por primera vez la cuestión de la revisión del proceso Dreyfus, que produjo una viva agitación en la prensa y en el Parlamento. El folleto publicado por Bernard-Lazare á fin de probar la inocencia de Dreyfus llamó poco la atención del público. Pero á éste le impresionaron vivamente las revelaciones y diligencias de Scheurer-Kestner, vicepresidente del Senado, republicano viejo y hombre honrado en toda la extensión de la palabra.

En una carta publicada por el *Temps* Scheurer-Kestner declaró desde luego que, aunque sentía la ilegalidad, que le parecía cierta, de la entrega á los jueces, reunidos en consejo, de un documento del cual no se había dado comunicación ni al acusado ni á su defensor, nunca había puesto en duda la lealtad ni la independencia de los oficiales que habían condenado al capitán Dreyfus. Pero habían ocurrido hechos nuevos que, según él, demostraban la inocencia del condenado. Afirmaba su convicción añadiendo que el 30 de octubre, en una entrevista oficiosa con el general Billot, ministro de la Guerra, había demostrado, pruebas en mano, que la nota atribuida al capitán Dreyfus no era suya, sino de otro, y había pedido que se abriese una información sobre el verdadero culpable. El comandante Esterhazy, dejado de reemplazo por enfermedad temporal en la primavera anterior, fué al mismo tiempo denunciado por Mateo Dreyfus, hermano del condenado.

El comandante Esterhazy fué llevado á un consejo de guerra que lo absolvió. Pero las polémicas se reprodujeron entonces con mucha más violencia é invadieron las discusiones de ambas Cámaras, absorbiendo la mayor parte del tiempo que debieran haber consagrado á los trabajos legislativos.

Durante todo el año de 1898, la cuestión Dreyfus ocupó el primer lugar en las preocupaciones del mundo político y parlamentario. Sin entrar en detalles, que exigirían más espacio del que aquí podemos conceder á este asunto, nos limitaremos á señalar el procesamiento de Emilio Zola, á consecuencia de su famosa carta *J'acuse!*, y sobre todo las declaraciones hechas en el proceso Zola por los generales Boisdeffre, Gonse, Mercier y Pellieux, que dieron lugar á amplias y casi siempre escandalosas discusiones en la prensa y en la Cámara de diputados.

La influencia de la cuestión Dreyfus se dejó sentir hasta en las elecciones generales del 8 y del 22 de mayo de 1898 y ocasionaron una verdadera derrota al ministerio Meline, opuesto á toda revisión del proceso en que había sido condenado el capitán Dreyfus. Durante las vacaciones parlamentarias del verano, bajo el ministerio Brissón-Cavaignac, fué revelada la falsificación cometida por el coronel Henry, que se suicidó en el monte Valeriano. Entonces el gabinete Brissón inició, no sin vivas resistencias, la revisión de la causa y los autos fueron remitidos á la Sala de lo criminal del Tribunal de Casación, encargada de estudiar la revisión del proceso.

El ministerio Brissón cayó el 26 de octubre de 1898, al reanudarse las sesiones parlamentarias, y, el 3 de noviembre, Carlos Dupuy, que se reservó la presidencia del Consejo y la cartera del Interior y Cultos, constituyó nuevo ministerio con los siguientes colaboradores: Delcassé en Negocios Extranjeros, Freycinet en Guerra, Lockroy en Marina, Leygues en Instrucción Pública y Bellas Artes, Krantz en Obras Públicas, Lebret en Gracia y Justicia, Viger en Agricultura, Delombre en Comercio, Guillaín en Colonias y Mougeot en la subsecretaría de Correos y Telégrafos.

El año de 1899, que había de traer la elevación de Emilio Loubet á la presidencia de la República, empezó con su reelección para la presidencia del Senado.

La cuestión Dreyfus siguió apasionando al país y dividiéndolo en dos grandes corrientes, en *revisionistas* y en *antirrevisionistas*, ó mejor dicho en *dreyfusistas* y en *antidreyfusistas*. Los dos partidos fundaron ligas: por un lado la *Liga de los Derechos del hombre*, con Trarieux, Duclaux, Anatolio France, Havet y otros; por otro lado la *Liga de la Patria francesa* con Francisco Copée, Julio Lemaître y muchos universitarios, abogados y militares.

La *Liga de la Patria francesa* y sus adeptos trataron de desacreditar de antemano la sentencia de la Sala de lo criminal del Tribunal de Casación, con polémicas tendenciosas. Llegaron á crear un movimiento ficticio, que autorizó al gabinete Dupuy y al ministro de Gracia y Justicia, Sr. Lebret, á presentar y hacer votar la famosa ley de desasimio, que prescribía, en caso de información, que se hiciese juzgar las demandas de revisión de los procesos criminales por todas las Salas reunidas del Tribunal de Casación. Los adversarios de la revisión nada ganaron con desapropiar así una jurisdicción, cuando entendía en una causa y estaba á punto de fallarla: las Salas reunidas del Tribunal de Casación fallaron que había lugar á revisión, como luego veremos.

La muerte de Félix Faure, acaecida repentinamente el 16 de febrero de 1899, al mismo tiempo que hizo nacer competencias para la obtención de la jefatura del Estado, provocó, por diversos lados, violentos ataques contra el orden de cosas establecido.

IV

El presidente del Consejo de ministros, Carlos Dupuy, notificó la muerte del jefe del Estado á los presidentes de las Cámaras el 17 de febrero, y al día siguiente. Emilio Loubet, como presidente del Senado, presi-

dió en Versalles el Congreso de diputados y senadores que lo eligió presidente de la República por 483 votos contra 279 obtenidos por Meline.

La agitación de los ánimos provocada por la cuestión Dreyfus hizo acoger desfavorablemente la elección de Loubet entre nacionalistas y monárquicos. Como era debida á los votos de los republicanos y sobre todo de los favorables á la revisión del famoso proceso, la prensa antisemítica emprendió contra él una campaña de difamación, pintándolo como animado de sentimientos hostiles al ejército.

Al regresar de Versalles, el nuevo presidente fué acogido á los gritos de «¡Viva el ejército! ¡Dimisión!» proferidos por individuos de la *Liga de patriotas*, escalonados desde la estación de San Lázaro hasta el Elíseo.



Carlos Floquet

En cambio la población de los arrabales se pronunció en favor de Loubet y bajó varias noches seguidas á los bulevares para aclamarlo y defenderlo contra los eternos adversarios de la República.

A instancias del nuevo presidente, el gabinete Dupuy continuó en el poder y su jefe y el ministro de Gracia y Justicia leyeron, el 21 de febrero, respectivamente en la Cámara y en el Senado, el mensaje presidencial, que produjo excelente efecto. En este documento, Loubet recordaba que la República había dado á Francia instituciones libres, asegurado el beneficio inestimable de una paz no interrumpida, curado las heridas de la patria, reconstituido su ejército y su marina, fundado un gran imperio colonial, organizado la instrucción pública y conquistado alianzas y amistades preciosas; estimulaba al Parlamento para el desarrollo de una obra que tanto honraba al país y se decía firmemente resuelto á guardar la Constitución y á contribuir con todas sus fuerzas al afianzamiento de la República.

Fijadas para el 23 de febrero las exequias nacionales de Félix Faure, Deroulede y sus partidarios juzgaron la ocasión favorable para intentar un golpe de mano contra el gobierno. El cortejo fúnebre salió del Elíseo á las diez de la mañana para ir á la Catedral. Loubet marchaba detrás de la familia con el vicepresidente del Senado y los presidentes de la Cámara y del Consejo de ministros. Las exequias se celebraron sin el menor incidente. Pero á las cuatro y media de la tarde, mientras las tropas de la guarnición de París regresaban á sus

cuarteles, las huestes de Deroulede, apostadas en el trayecto comprendido entre la plaza de la Bastilla y la plaza de la Nación, esperaban la vuelta de los regimientos de infantería mandados por el general Roget, que tenían su alojamiento en el cuartel de Reuilly.

Al llegar Roget á la plaza de la Nación, al frente de su brigada, Deroulede cogió por la brida el caballo del general y dijo á éste que marchase al Elíseo. Los individuos de la Liga de patriotas se metieron al mismo tiempo entre las filas de la columna gritando: «¡A París! ¡Al Elíseo!» El general entró en el cuartel con sus tropas. Pero Deroulede y Marcelo Habert le siguieron y reclamaron que se les prendiese. El prefecto de policía, enterado bastante tarde, les mandó prender, en efecto, y ellos declararon ante el juez Cochefert que habían intentado arrastrar las tropas á un movimiento insurreccional, á fin de derrotar la República parlamentaria y sustituirla por la República plebiscitaria.

Deroulede y Habert, citados ante la Audiencia del Sena por delito de provocación á militares, á fin de desviarlos de sus deberes, fueron absueltos en mayo de 1899.

Alarmados, los republicanos creyeron que, para defender la República en peligro, había que volver al sistema de la concentración y de la unión de los republicanos de todos los matices. En tal sentimiento se inspiró el Senado al elegir presidente á Fallières, en sustitución de Loubet. Amable y conciliador, Fallières había sido muchas veces ministro sin crearse enemistades, y el discurso que pronunció al tomar posesión de la presidencia caracterizaba muy bien la situación, afirmando que los vientos contrarios sólo habían agitado la superficie, que la democracia no había retirado su confianza al ejército, cuya espada fiel continuaría siendo la salvaguardia del territorio y de la ley, y que el país estaba dispuesto á no aceptar sino de los fallos de la justicia la verdad que tantas pasiones oscurecían.

Loubet aprovechó las vacaciones parlamentarias de Pascua para emprender su primer viaje oficial, yendo en abril de 1899 á Montelmar, punto de partida de su carrera política, donde se le hizo un entusiasta recibimiento. En mayo realizó su segundo viaje para ir á inaugurar en Dijón el monumento á Carnot. De muchos puntos de Francia acudieron allí innumerables personas para saludar al jefe del Estado y aclamar al gobierno de la República.

A últimos de mayo, el Tribunal de Casación examinó el proceso relativo á la revisión de la causa de Dreyfus. Según el relator, Bellot-Beaupré, la nota atribuida á Dreyfus había sido escrita por Esterhazy. Dreyfus no podía ser culpable del crimen que se le atribuía. «No se comprendería, expresaba el magistrado, que Esterhazy pudiese ser el autor de la nota y Dreyfus el autor de la entrega de los documentos mencionados en la misma nota.»

En un asunto ordinario, la revisión hubiera sido pronunciada sin promover dificultad ni protesta alguna. «Pero en el choque de pasiones levantadas por las polémicas á que ha dado lugar este proceso, decía el relator al terminar, la cuestión parece haberse transformado, y diríase que al pronunciarse el Tribunal se pronuncia en pro ó en contra del ejército. Los criminales ataques de que ha sido objeto y á los cuales la magis-

tratura no ha escapado, han transformado esta cuestión, que debía ser puramente judicial. Pues bien, en mi alma y conciencia, faltaría yo al más sagrado de los deberes si no proclamase altamente que hay en este asunto un hecho nuevo capaz de establecer la inocencia del condenado de 1894. Vosotros lo apreciaréis, señores. Yo he terminado mi dictamen.»

El fiscal Manau dió sus conclusiones en las audiencias del 30 y 31 de mayo. Concordaban con las del relator y tendían al envío de Dreyfus ante un nuevo consejo de guerra. Añadía que además de la atribución á Esterhazy de la nota que había acarreado la condena de Dreyfus, había otro hecho nuevo, de tal naturaleza que establecía la inocencia de Dreyfus: la existencia de la falsificación cometida por el coronel Henry.

El 3 de junio de 1899, el Tribunal de Casación emitió al fin su fallo sobre el proceso en litigio, haciendo constar dos hechos nuevos que reclamaban la revisión: la comunicación á los jueces de 1894 del documento «Ese canalla de D...», considerado como inaplicable á Dreyfus, y la atribución de la nota á otro que no era Dreyfus.

Este fué enviado ante el Consejo de guerra de Rennes, para ser juzgado de nuevo. Tomáronse las medidas necesarias para asegurar su vuelta á Francia. Mandóse un crucero á la isla del Diablo. La cólera, la indignación y el furor estallaron en seguida entre los nacionalistas, traduciéndose al día siguiente, 4 de junio, en las escenas escandalosas y en las violencias de las carreras hípias de Auteuil.

Al aparecer Loubet en el hipódromo y sobre todo al presentarse en la tribuna presidencial, se oyeron desahorados gritos de «¡Viva el ejército! ¡Dimisión! ¡Viva Deroulede! ¡Viva el rey!» Un tal barón Christiani escaló la tribuna y, en un acceso de locura nerviosa, apabulló de un bastonazo el sombrero de Emilio Loubet. Tan rápida é imprevista había sido la agresión, que no pudo ser evitada por los generales Brugere y Bailloud que se hallaban al lado del presidente. El Tribunal correccional del Sena impuso cuatro años de prisión al autor de aquel brusco ataque.

Al regresar al Elíseo, Loubet fué aclamado por la muchedumbre, enterada ya del acto odioso de que había sido víctima, y de todas partes afluyeron manifestaciones de simpatía. Muchos republicanos avanzados firmaron una exposición de respeto al presidente de la República y de absoluta abnegación á las instituciones, y ambas Cámaras dirigieron significativos homenajes á Loubet. De todo ello resultó un movimiento de opinión que hizo caer al ministerio Dupuy, el 12 de junio, á consecuencia de la votación de una orden del día así concebida: «La Cámara, resuelta á no sostener sino á un gobierno decidido á defender con energía las instituciones republicanas y á asegurar el orden público, pasa á la orden del día.»

La crisis ministerial así abierta fué larga y difícil. Logró al fin resolverla Waldeck-Rousseau tomando la cartera del Interior y por colaboradores á los Sres. Delcassé en Negocios Extranjeros, Monis en Gracia y Justicia, Caillaux en Hacienda, general Galliffet en Guerra, Lanessán en Marina, Millerand en Comercio, Leyguez en Instrucción Pública, Beaudin en Obras Públicas, Decrais en Colonias y Juan Dupuy en Agricultura. El

mundo parlamentario no consideraba viable un ministerio compuesto de elementos tan heterogéneos como el marqués de Galliffet, enérgico represor de la *Commune*, y Millerand, diputado colectivista. Sin embargo, vivió tres años, gracias al talento y elocuencia incomparables de Waldeck-Rousseau, que empezó por el golpe maestro de asociar el partido socialista á las responsabilidades del poder, captándose así las simpatías de las clases trabajadoras, cuyo concurso era indispensable para asegurar la defensa de las instituciones republicanas.

La revisión del proceso Dreyfus ante el Consejo de guerra iba á suscitar graves conflictos en la opinión.

El capitán Dreyfus estaba de regreso en Francia desde el 1.º de julio. Había desembarcado de noche en Port-Haliguen, cerca de Quiberón, siendo encarcelado el mismo día en Rennes.

El proceso empezó el 7 de agosto ante el Consejo de guerra presidido por el coronel de ingenieros Jouaust y compuesto de oficiales de artillería. El presidente ordenó la sesión secreta para la comunicación y la discusión de los expedientes secretos diplomático y militar. El comandante Carriere era comisario del gobierno.

La declaración de Casimir-Perier ofreció grandísimo interés. Manifestó, como ya lo había hecho ante el Tribunal de Casación, que, á causa del Sr. Hanotaux y otros ministros, había intervenido muy poco en el proceso Dreyfus, como en la mayor parte de los negocios del Estado, y afirmó que antes de la condenación de Dreyfus no se le había comunicado ningún expediente.

El general Mercier se explicó al fin sobre la comunicación, al Consejo de guerra de 1894, de los documentos secretos que ni el acusado ni su defensor conocieron.

El proceso no terminó hasta el 9 de septiembre, después de una impresionable defensa del abogado Demange. En vez de la unanimidad del Consejo de guerra de 1894, dos votos se pronunciaron en contra de toda culpabilidad, mientras que cinco opinaron en pro. La mayoría otorgó á Dreyfus el beneficio de las circunstancias atenuantes y condenó al acusado á diez años de detención.

Lejos de inclinarse el país ante el fallo del Consejo de guerra de Rennes, las discusiones se reanudaron con más ardor que antes. Si Dreyfus era verdaderamente culpable, decían los revisionistas, ¿á qué viene concederle el beneficio de las circunstancias atenuantes? Esa atenuación de la pena, ¿no era la prueba de las dudas del consejo de guerra sobre la culpabilidad?

La *Liga de los derechos del hombre* afirmó su resolución de continuar reclamando la reparación á que Dreyfus tenía derecho, según decía Trarieux. Emilio Zola esperaba que su causa volviese ante la Audiencia del Sena y Oise para probar «ante el mundo entero la inocencia de Dreyfus.»

A fin de apaciguar los ánimos en torno de aquella lamentable crisis política, judicial y militar, que duraba hacía ya dos años, el ministerio Waldeck-Rousseau pensó que había que indultar á Dreyfus y amnistiar todos los crímenes y delitos conexos á dicha causa.

Después de una información en este sentido, presentada al presidente de la República por el ministro de la Guerra, Loubet concedió á Alfredo Dreyfus la remi-

sión del resto de la pena de diez años de detención pronunciada contra él por el consejo de guerra de Rennes, y la remisión de la degradación militar.

Durante el proceso Dreyfus, se supo que el gobierno había ordenado, el 12 de agosto de 1899, el arresto de los Sres. Deroulede, Andrés Buffet, Sabrán-Pontevés y otros, á consecuencia de una causa instruida por complot encaminado á cambiar la forma de gobierno, delito previsto por el artículo 89 del código penal.

Después de la muerte de Félix Faure, el gobierno tuvo conocimiento de que el duque de Orleans, al enterarse de aquel suceso, se había trasladado bruscamente de Turín á Bruselas, donde recibió un telegrama ci-



Carlos Dupuy

frado que decía: «Todos nuestros hombres están preparados.» Veinticuatro horas después, el pretendiente recibió otro parte telegráfico que contenía estas palabras: «Inútil venir.» El golpe de Estado preparado por los partidarios del duque de Orleans había sido descubierto. El día del entierro de Félix Faure ocurrió el atentado del cuartel de Reuilly. El gobierno, á pesar de estar seguro de la existencia del complot, no retuvo más que este último acto, y se propuso seguir con atención los manejos de los enemigos de la República. Su vigilancia le permitió adquirir la prueba de que se preparaba una nueva tentativa con motivo del proceso de Rennes y tomó en seguida las medidas de rigor que hemos indicado.

Julio Guerin, delegado general de la Liga antisemítica, que figuraba en la lista de las personas que había que prender, resistió á los agentes de la autoridad y se atrincheró con algunos de sus amigos en el domicilio de la Liga, calle de Chabrol, número 51, que fué pronto conocido con el nombre de *fuerte Chabrol*. A fin de evitar efusión de sangre, la policía sitió la casa y acabó por prender á Guerin, el cual, con Deroulede, Buffet, Habert, Godefroy, Ramel y otros, comparecieron ante el Alto Tribunal de justicia el 18 de septiembre, un día después de la sentencia del consejo de guerra de Rennes. El presidente, Sr. Fallières, dirigió con verdadera imparcialidad y firmeza los debates. Hasta el 4 de enero no se proclamó el resultado final. Los Sres. Sabrán-Pontevés, Ramel, barón de Vaux, Godefroy, Barillier y Dubuc fueron absueltos; los Sres. Deroulede, Buffet y